

## “El patriarcado del salario: Críticas feministas al marxismo”

**Silvia Federici**

**Laura Gallardo Nevado**

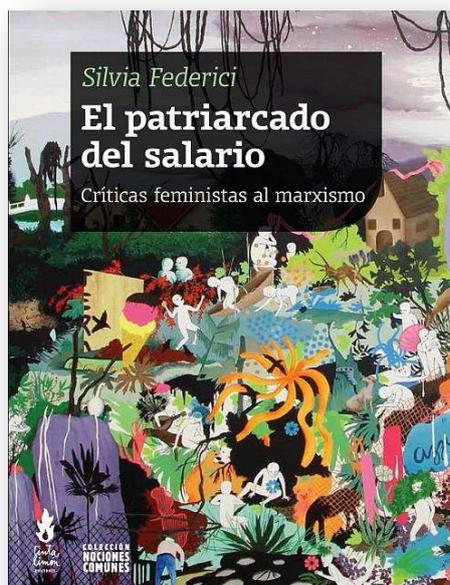
Estudiante de Licenciatura en Filosofía

Universidad de Chile, [lauragallardo901@gmail.com](mailto:lauragallardo901@gmail.com)

**Tinta Limón**

**Buenos Aires. 2018, pp. 128**

**ISBN: 978-987-3687-39-6**



Esta obra plantea un análisis feminista del marxismo y una crítica a la esfera social-político-económica del trabajo doméstico no asalariado realizado por las mujeres dentro del núcleo familiar de la sociedad capitalista. Su autora, Silvia Federici, profesora, filósofa y activista feminista de origen italo-estadounidense, se desarrolla en el campo de los estudios de género, la filosofía política y la sociología. Siendo partidaria del marxismo autónomo y habiendo participado en el movimiento Wage for Housework (Salario para el Trabajo Doméstico) en la década de los sesenta, se ha dedicado principalmente a escribir sobre el capitalismo y su relación y consecuencias con el trabajo reproductivo y doméstico, con la economía mundial y con la división

sexual del trabajo.

Desde la óptica del matrimonio mal avenido entre el feminismo y el marxismo es que la autora repara preliminarmente en cuatro puntos fundamentales. Primero, la autora establece que la concepción de la historia como lucha de clases planteada por Marx no debiera ser estudiada desde una perspectiva universal, pues perpetúa una visión única y muchas veces privilegiada que tanto perjudica



al feminismo; segundo, la concepción de la naturaleza humana como resultado de procesos sociales, pues desarma la lógica de que existe una feminidad natural; tercero, la concepción de la teoría y práctica, pues es a partir de procesos sociales de cambio que surge la teoría; por último, la concepción de trabajo humano en la sociedad capitalista como fuente esencial de acumulación de riquezas. Esto deja claro que, aún cuando la relación entre feminismo y marxismo es controversial y complicada, es imposible negar la afinidad revolucionaria entre ambos pensamientos, llegando inclusive al punto de complementarse y ayudar en sus respectivas falencias teóricas como se revisa a lo largo del libro.

En base a la división de trabajo asalariado y trabajo no asalariado, la autora desarrolla en los primeros capítulos una crítica a la teoría marxista. Allí plantea que el capital no ha llegado al ‘espacio femenino’, espacio subdesarrollado por ser considerado precapitalista y determinado por los roles de género, según los cuales a las mujeres les corresponden tareas con relación al cuidado y sumisión a otros, mientras que a los hombres les corresponde generar el sustento para la familia. A razón de aquello, a las mujeres se les ofrece la idea de integrarse al mundo capitalista, de convertirse en trabajadoras asalariadas y explotadas, como desarrollo de su situación no asalariada pero igualmente explotada en la sociedad. Esta concepción implica que, a fin de organizarse y liberarse, las mujeres deben introducirse en el capitalismo y su máxima aspiración debe ser trabajar en una fábrica. No obstante, la autora critica firmemente tal idea al establecer que se debe rechazar tanto al capitalismo en cualquiera de sus formas como a la idea de que únicamente el trabajo asalariado es merecedor de rebelión.

Federici continua el desglose de la concepción del trabajo doméstico planteando que las mujeres que lo realizan se encuentran en una posición incierta, pues, por una parte, no están dentro del capital, mientras que, por otra, sirven al capital produciendo lo más preciado para este, a saber, mano de obra y fuerza de trabajo. Así, la estructura oculta del modo de producción capitalista se basa en la disposición absoluta de las mujeres al cuidado de las personas cada minuto del día. Esto establece al trabajo doméstico y a la familia como los pilares fundamentales del capitalismo. De esta manera, se propone como objetivo frente a dicha problemática el acabar con el trabajo doméstico en su actual categoría, siendo el primer paso ponerle precio.

El ‘patriarcado del salario’ (p. 13), concepto planteado por la autora, trata la dependencia de las mujeres frente al salario masculino, pues a través de este es que se generan nuevas discriminaciones, desigualdades y dinámicas de poder. Que el trabajo doméstico no sea asalariado, sin regulación ni

supervisión y que tampoco cuente con un horario laboral determinado son algunas condiciones que entre el siglo XIX y el XX el mundo capitalista logró instaurar y ha mantenido hasta el día de hoy. A parte de las condiciones mencionadas anteriormente, la autora explica en el tercer capítulo el invento capitalista del ‘ama de casa’, el cual se instaura con la finalidad de restaurar el núcleo familiar del ingreso de las mujeres a las fábricas y de la consecuente liberación social-económica que comenzaron a experimentar. Así, ubica, por una parte, a los hombres como esposos trabajadores que mantienen a la familia y, por otra, a las mujeres como las encargadas de cuidar, criar, limpiar y cocinar. Con la finalidad de aceptar el trabajo doméstico no asalariado se tuvo que diferenciar entre mujeres buenas y malas, así la jerarquía entre mujeres queda en amas de casa, mujeres que trabajan en la fábrica y prostitutas, siendo el respeto de la sociedad el único premio. Así, la implementación de un salario para el trabajo doméstico no es la revolución, más sí una estrategia revolucionaria, ya que implica destituir el rol que la división capitalista ha impuesto a las mujeres.

Otra esfera de la cual trata la autora es la teoría marxista, la cual está estructurada desde la mirada de un hombre que glorifica el trabajo industrializado y que lo ubica como elemento fundamental en la producción y acumulación de riqueza capitalista, pero que deja fuera a quienes producen la misma fuerza de trabajo, esto es más de la mitad de la población mundial (personas esclavizadas, colonizadas y amas de casa). Esta podría pasar fácilmente de ser una estrategia de liberación a un impedimento de esta misma, por lo que se vuelve necesario expandir la teoría marxista e incluir el trabajo no asalariado, con lo cual quedaría expuesta la real jornada laboral, la dependencia del capital al trabajo no asalariado, entre otras consideraciones. La autora dedica ciertas partes de la obra a analizar elementos marxistas que han sido utilizados por el movimiento feminista, siendo uno de los más importantes el que la teoría marxista ha reconocido que “la subordinación social es un producto de la historia, cuyas raíces se encuentran en una organización específica del trabajo” (p. 83), lo cual implica para el feminismo la desnaturalización de la división sexual del trabajo, de las identidades y categorías que aquella genera, de manera que las mujeres no son por naturaleza amas de casa ni poseen una inclinación natural a criar, limpiar o cocinar.

Dentro de la teoría marxista la industrialización y futura mecanización del trabajo cuenta con un rol importante, siendo el ideal de la sociedad comunista que Marx plantea. El trabajo doméstico es socialmente necesario en la lógica capitalista, ya que “es extremadamente productivo, aunque no esté organizado según el modelo industrial” (p. 91), sin embargo, el trabajo que las mujeres asumen, el trabajo doméstico no asalariado -el cuidado, el cariño, el vínculo emocional, etc.-, no se puede

mecanizar. Por lo tanto, lo que Marx plantea sobre el rol de la tecnología en la formación de una sociedad comunista, sobre una sociedad basada en las máquinas, excluye el elemento sentimental-humano y, nuevamente, a más de la mitad de la población mundial.

Federici finaliza el libro planteando la política de los comunes como nuevo horizonte político para las feministas y cualquier ser o grupo que busque la justicia social. Así, lo que la teoría marxista comprendía como trabajo industrial y su desarrollo, —la mecanización y la expansión global del capitalismo—, en la política de los comunes se comprende como autoorganización de lo común, revalorización de conocimientos y tecnologías locales, y “se corresponde con la idea del comunismo como la abolición del presente estado de las cosas que defendía Marx.” (p. 104). En aras de este nuevo horizonte es que plantea la reorganización de las relaciones sociales, rechazando la lógica industrial y globalizada, y basándose en la comunidad, la cooperación y el pensamiento colectivo.

El análisis feminista del marxismo que la autora desarrolla sobre la base de la problemática del trabajo doméstico no asalariado me parece tan pertinente como la plausible alternativa política de los comunes con la que concluye el texto. Concuerdo en que, a pesar de la falta de conciencia de género en la teoría marxista a raíz de las condiciones socioeconómicas de la época, los conceptos que la autora extrae del marxismo han sido útiles para la teoría feminista hasta el día de hoy. Y, arriesgándome a interpretar la mirada de la autora, comparto que, en la sociedad actual -que no logra vislumbrar un futuro comunista al estar inmersa y consumida por las lógicas capitalistas- el camino a una solución está en un ecofeminismo, en la organización comunitaria y en repensar las categorías de género-raza-clase-edad.

Finalmente creo que este libro aporta grandes consideraciones para las problemáticas contemporáneas del mundo, sobre la actual pandemia y el rol que han tenido que cumplir las mujeres en la fusión del hogar y el teletrabajo, sobre el abuso de los recursos naturales y las comunidades indígenas en pos del “bien económico de la sociedad” y sobre la división sexual del trabajo en un momento de deconstrucción de las creencias y estructuras que configuran el mundo, la sociedad y sus relaciones.